

LA VERDAD

Difícil, muy difícil es decir, o saber, la verdad de todo. Muchas cosas las creemos por costumbre o las admitimos para no molestar a los demás que creen en ellas. Así aceptamos cosas inverosímiles como eso de que si nos arrepentimos en el último minuto de nuestros pecados nos vamos directo al cielo, así hayamos asesinado, violado o corrompido a menores durante toda la vida. Es más fácil creer en las mentiras. La lista de ellas es interminable: mentiras históricas, mentiras familiares, mentiras nacionales, mentiras inocentes, mentiras religiosas, mentiras piadosas. La verdad no tiene tantas variedades. No conozco verdades piadosas o inocentes, entre otras. Calculo que por cada verdad existen cien mentiras o más. Y eso es lógico. La verdad lastima en la mayor parte de los casos: Estás muy feo, eres muy chaparro; qué gorda estás, hizo bien tu marido en dejarte; es usted un inepto, señor senador; eres un impotente y además apesta. Y esas son verdades no tan desgarradoras como pueden ser las siguientes: al fin ni eres hijo mío; te engañé con el vendedor de aspiradoras; ese dinero no se perdió, me lo quedé yo y me lo gasté; señor, usted tiene cáncer y se va a morir en muy poco tiempo. Todos preferimos las mentiras ¿o no? Pero por otro lado todos queremos saber la verdad. Saber quién embarazó a Lupita, quién se robó el dinero, cuál de los políticos está metido con el cártel de Juárez, cuál obispo es el que tiene dos hijos iguales a él. Personalmente siento mucha satisfacción cuando se publica alguna verdad. Cómo no creo en nada siempre sospecho de todo y de todos.

Pero me estoy desviando mucho. Yo de lo que iba a hablar es de la última verdad que me enteré y que me encantó conocerla. Una verdad bíblica. Ya han de saber ustedes que la Biblia miente a cada rato, que si el mar se abrió, que si Matusalén vivió no sé cuantos cientos de años, que Noé metió a todos los animales del mundo en su arca, que el vino se

multiplicó para que todos se pusieran una guarapeta de marca, que si Lázaro se levantó...Para qué seguir. Son mentiras piadosas. Bien. Eso yo la lo sabía, lo que no, y es de lo que me acabo de enterar, es que Luzbel no fue enviado al infierno por querer parecerse al Supremo. No, qué va. Lo que sucedió es lo siguiente: El Señor estaba jugando dominó con sus cuates más allegados, el Arcángel Miguel, el ángel bello y San Pedro. Todos tensos pues por la tele estaban pasando la final de la Copa Mundial de Football de Alemania. Los dos equipos estaban empatados a tres y faltaban escasos cinco minutos para terminar el partido. Dios se empujó su tequila de un solo trago, cosa que los demás imitaron. Apuesto medio millón de estrellas a mi equipo, dijo. Yo paso, dijo Miguel, yo también, dijo Pedro. Yo no, dijo Luzbel, mi equipo será el campeón; acepto la apuesta. ¿Te atreves a estar en mi contra?, preguntó enojado el Señor. No estoy en tu contra, contestó el ángel bello, yo lo único que digo es que mi equipo va a ganar y no por un gol de ventaja sino por dos. Faltan tres minutos para que termine el partido, dijo Pedro, ni modo que metan dos goles en ese tiempo. ¡Estás mal de la choya, angelito de mierda! Ya verán todos, aseguró el ángel moviendo sus alas. Pues por mis pistolas tu equipo va a perder, dijo el Supremo. El ángel sólo rió. Esto enfureció más al Señor que si le hubieran mentado la madre. Más furioso se puso cuando terminó el partido y efectivamente el equipo favorito de Luzbel había metido dos goles, uno por penal y otro en una jugada extraordinaria de Peraldiño. El Señor furioso aventó las copas y la botella de tequila junto a las fichas del dominó. Me debes mi medio millón de estrellas, le recordó el ángel. No voy a pagarte nada, contestó el Señor, caminando hacia la salida, fueron trampas del arbitro, esos goles no cuentan. Ve la tele, pidió Luzbel, todo el mundo ya aceptó. Pues yo no soy todo el mundo, güey, y no pago. Újule, dijo riendo el plumípedo, ya sabía yo que no ibas a cumplir tu palabra, pero se lo voy a decir a todos para que te vayan conociendo. No le vas a decir

nada a nadie pendejo, aseguró el Anciano, te quedas callado, es una orden. A mí no me das órdenes, a mí me pagas, dijo Luzbel subiéndose las mangas y poniéndose de pie. De ahí pasaron a las manos, no en balde ya habían tomado su buena ración de tequilas. Perdió el Señor, lo cuál es lógico por la edad. El Patrón tenía miles de años. El alado era mucho más joven y más fuerte, hay que reconocerlo. Diosito se levantó, se sacudió sus faldas, se arregló el greñero de su cabeza y levantando la mano indicó con el índice un lugar muy abajo. Allá irás cabroncito, le dijo, al infierno, para que no andes amenazándome con decir mentiras. No son mentiras, alcanzó a decir Lucifer, que es el como lo nombró el Padre en lugar de Luzbel, antes de que una gran fuerza lo arrancara del lugar y lo trasladara a las profundidades.

Y sí, esta es la pura verdad, Lucifer descendió del cielo al infierno por ganar la apuesta en el partido final de la Copa de Alemania en el año 2006. Antes no estaba en el averno, estaba en el cielo, pero al Señor no le gustaba decirlo pues era su amigote de parrandas y de juego. Ahora tendrá que buscar a otro. Juan ya se apuntó para substituirlo ya que le encanta andar de arrimado.

Tomás Urtusastegui

2006